

rar, por faltarme armas con qué defenderme, y en Inglaterra carecía de la mediación de ciertas relaciones cordiales. *J'étais un déraciné...*

Por la pasión a la belleza antigua era heleno, a la usanza de Goethe y Winckelmann; por mi conciencia escrupulosa, fruto del protestantismo, procedía de la isla poderosa. No era producto de ningún medio ambiente exclusivo. A haberme desarrollado únicamente en uno de los dos países, hubiera llegado a ser alguna cosa grande y potente.

Las sirvientas que nos cuidaban eran de Tesalia, y como tales, muy supersticiosas. Soñé una noche con un vivero de serpientes; se los conté, y en seguida me pronosticaron que significaba la muerte de algún pariente muy cercano. Me apegué tanto a esta superstición, que aun no puedo vencer mi aversión por ese vil reptil. Pocos días después, recibimos la triste nueva del fallecimiento de mi único tío materno.

Si alguna lección podemos deducir de esto es la de rodear al niño sólo de aquellas personas que pueden esclarecer sus ideas, nunca falsearlas¹.

De la mentalidad del pedagogo, como del moralista profesional, está excluída toda tonalidad apreciativa.

«¡Cuán verdad es que sólo es grande y feliz quien no tiene que mandar ni obedecer para ser algo!» escribe Goethe en *Goetz von Berlinchen*.

¡Ha conocido una de las dichas del mundo aquel cuya infancia ha sido tutelada por padres amantes y sabios!

Mientras Versalles bulle de fiestas báquicas, pueden anotarse ya los des-

puntos de una aurora de sangre. Por sobre los sufrimientos inauditos de la Bastilla, antro inquisitorial cuyo portal es la *lettre de cachet*, estalla la risa sardónica de Voltaire. El huesudo filósofo enseña a la multitud a burlarse de todo. Su discípulo Rousseau no irá muy lejos, pero ahondará aun más la brecha entre la monarquía y el pueblo, señalándole los fundamentos en que descansa la podredumbre social. Amante de lo bello en la Naturaleza, pugna por volver a su silencio, quietud y bondad.

En casa del dulce Vauvenargues, ese espíritu imbuído en todas las serenidades y de todas las resignaciones, medito sobre la prehistoria de la gran Revolución.

La sed de goces ha apagado todo anhelo de justicia. Ebrios con sus privilegios extravagantes cuando no infucos, los nobles y el clero, presintiendo el cataclismo cercano, acortan su vida en desenfrenados placeres.

A la frase del gran cínico, *Après moi le déluge* hacen tierno eco suaves madrigales. Ante la inminencia del peligro extremo, a menudo vuelve el hombre a los pasatiempos del niño. Así también la alta aristocracia descansó de la voluptuosidad en una resurrección de Arcadia. La primer dama de Francia se digna fundar una lechería cerca de su casita predilecta: *Le petit Trianon*. Mientras el volcán ruga bajo los augustos piececitos, la nobleza juega a Mallin Collard, escucha a Beatimarchais y tiene citas en los templos griegos esparcidos por el bosque de Versalles.

Las repúblicas son monarquías que cambian de rey cada cuatro o seis años, sin ninguna de las ventajas realistas y todas sus pequeñeces. Los pueblos no deben dejarse gobernar por quien no sepa ser útil a todos y no tenga un alma hermosa. Y se observa, añadiría un cronista picaresco, que salvando una honrosa excepción, los pueblos más desorganizados son los que más se apegan al llamado régimen republicano.

¹ El autor se contradice completamente en otro lugar. No una, varias contradicciones serias hay en la obra. Lo cual revela algo de anormal en la cerebración —L. D.